

¡ Que resuene el festín grato a los dioses!  
 ¿ Dónde la flauta está de Berecinto?  
 ¿ Qué hace el oboe junto a la lira muda?  
 Rosas traedme del jardín vecino,  
 y resalte en la nieve de mis canas  
 de su corona el purpurino brillo.  
 Saca del fondo de la cueva, esclavo,  
 el sécubo oloroso, envejecido,  
 y en la cercana fuente me refresca  
 la ánfora esbelta de falerno rico.

En tanto yo celebraré a Neptuno;  
 y escucharán también plácidos himnos  
 las nereidas de verde cabellera,  
 mientras ofreces de tu lira el ritmo  
 a las flechas de Diana y á Latona.  
 Luego mis cantos alzaré contigo  
 a quien reina en las Cíclades, y vuela  
 en un carro por cisnes conducido;  
 y nuestro himno final será a la noche  
 del misterio nupcial mudo testigo.

¡ Ea! colocad sobre el altar de césped,  
 junto a la copa del sagrado vino,  
 esclavos, el incienso y la verbena.  
 Tributemos el culto merecido,  
 y la caliente sangre de la víctima  
 haga acepto á la Diosa el sacrificio.

### ELOISA

(E. QUINET)

... Si me acuerdo; llamábame Eloísa  
 cuando él también llamábase Abelardo.

Los cielos, esos cielos sin medida,  
 no son tan vastos que encerrar pudieran  
 el infinito amor del alma mía.

Del claustro las baldosas funerales  
 mi seno no enfriarían... está encendida  
 la llama de mi amor; bajo la muerte  
 mi imposible esperanza aun está viva.  
 ¡ Cuántas veces en medio de la noche,  
 allá en mi celda solitaria y fría,  
 levántome a abrazar ¡ oh, mi Abelardo!  
 tu sombra tan hermosa y tan querida!...  
 Sobre tu corazón está mi cielo,  
 tú eres mi fe, mi religión, mi guía,  
 tú mi Cristo también... ¿ no soy, acaso,  
 esposo de mi amor, tu prometida?...  
 Nuestra tumba será mi Paraíso;  
 y para siempre allí, no quiero el día.  
 ¡ Que mis huesos se junten a tus huesos,  
 tu ceniza se mezcle a mi ceniza!...  
 ¡ Y eternamente así, para nosotros  
 no haya resurrección... no haya otra vida!...

### JULIETA

(W. SHAKESPEARE)

¡ Oh, noche, ven a mí! Trae a Romeo,  
 noche querida y triste;  
 virgen sagrada de la frente negra  
 que ya juntos nos viste.

¡ Oh, noche, ven a mí! ¡ Trae a Romeo!  
 y de tu niebla fría  
 ¡ luz y calor será!... ¡ Que su presencia  
 haga en la noche, día!

¡ Oh, noche, ven a mí! ¡ Trae a Romeo!  
 y entre tu densa bruma  
 como la nieve brillará, del cuervo  
 sobre la negra pluma.

¡ Oh, noche, ven a mí! ¡ Trae a Romeo!  
y su ceniza fría,  
¡ cuando llegue a morir, dispersa en astros  
te alumbre como el día!

## FRANCESCA

(DANTE)

«La tierra en donde vi la luz primera  
es vecina del golfo en que suspende  
el Po, ya fatigado, su carrera.

Amor, que sin sentir, el alma prende,  
a éste prendó del don, que arrebatado  
me fué de modo que aun aquí me ofende.

Amor, que obliga a amar al que es amado,  
¡ juntónos a los dos con red tan fuerte  
que para siempre ya nos ha ligado.

Amor hiriónos con terrible suerte;  
y está Cain de entonces esperando  
aquí al perverso que nos dió la muerte.»

Palabras tan dolientes escuchando  
incliné sobre el pecho la cabeza,  
y ¿en qué—dijo el Poeta—estás pensando?

Y respondí, movido de tristeza:  
¡ Ay de mí! ¡ Cuánto bello pensamiento,  
cuánto sueño de amor y de ternera

los condujeron al fatal momento!  
Y vuelto a ellos—¡ oh, Francesca!—dije,  
al corazón me llega tu lamento;

y de tal modo tu dolor me aflige,  
que las lágrimas bañan mi semblante.  
Pero tu triste voz a mí dirige,

y dime de qué modo, en cuál instante,  
cuando tan dulcemente suspirabais,  
y en el fondo del alma, vacilante,

tímido aun vuestro deseo guardabais;  
¿dime de qué manera inesperada  
os reveló el Amor que os adorabais?

Ella me respondió:—¡ Desventurada!  
¡ no hay pena más aguda, más impía,  
que recordar la dicha ya pasada

en medio de la bárbara agonía  
de un presente dolor!... y esa tortura  
la conoce muy bien el que te guía.

Mas ya que tu piedad saber procura  
el cómo aquel amor rasgó su velo,  
llorando te diré mi desventura,

Leíamos con inquietud y grato anhelo  
de Lanceloto el libro cierto día,  
solos los dos y sin ningún recelo.

Mas en tanto leíamos, sucedía  
que dulces las miradas se encontraban  
y la color del rostro se perdía.

Un solo punto nos venció. Pintaban  
cómo, de la ventura en el exceso,  
en los labios amados apagaban

los labios del amante, con un beso,  
la dulce risa que a gozar provoca;  
y entonces éste, que a mi lado preso

para siempre estará, con ansia loca  
hizo en su frenesí lo que lefa...  
temblando de pasión besó mi boca...

Y no lémos más en aquel día.

### OFELIA

(W. SHAKESPEARE.—HAMLET)

Estaba sola; entró, tomó mi mano,  
con fuerza la estrechó,  
y con la otra apretándose la frente,  
como si fuera a dibujar mi rostro  
de hito en hito, en silencio, me miró.

Así permaneció por mucho tiempo,  
así permaneció...  
Febril, de pronto, sacudió mi brazo;  
y dos veces y tres, la frente lívida,  
siniestra y triste, levantó y bajó.

Y de lo más impenetrable y hondo  
del corazón, oí  
que un suspiro lanzó... pero suspiro  
que, rompiéndole el pecho, iba a morir.

Y luego de mi lado lentamente  
alejarse le vi...  
pero vuelta la faz sobre la espalda,  
su camino sin ver, pasó la puerta,  
los ojos fijos... fijos... sobre mí...

### CORO DE LOS ESPIRITUS

(GOETHE—FAUSTO)

¡ Despareced, arcadas de la sombra!  
y tras el roto velo,  
la claridad dulcísima sonría  
en el zafir espléndido del cielo.

Y que pasen las nubes fugitivas,  
y que pasen sus rastros,  
dejando cintilar, pálidos soles,  
con tibio rayo los pequeños astros.

Bellezas del ideal, hijas del cielo  
que sueña la esperanza,  
cerrad en torno del gentil mancebo  
el giro voluptuoso de la danza.

Destrenzad la rizada cabellera,  
desatad la cintura,  
despojaos de la túnica que encubre  
la ardiente desnudez de la hermosa;

y dejadla caer allá del prado  
en el bosque verde,  
donde a la hora lasciva de la siesta  
la pareja de amor entra... y se pierde.

¡ Oh, la tierna verdura de los sotos!  
¡ Oh, brazos de las vides!  
¡ Oh miosotis azul que en la ribera  
está diciendo al corazón «No olvides!»

Amontona la vña sus racimos,  
se alegran los hogares,  
el vino salta en espumosas olas  
y la púrpura corre en los lagares.

Criaturas del Señor, almas aladas,  
¡tended el raudo vuelo!  
Allá a lo lejos, horizontes de oro,  
islas de amor confinan con el cielo.

Todo allí es libertad, risas y juegos  
en la campestre alfombra,  
y por las noches, al brillar los astros,  
los misterios nupciales de la sombra.

Espíritus de amor los pasos guían  
de tantos amadores,  
a la tranquila, luminosa cumbre  
de la colina rebosando en flores.

¡Criaturas del Señor, id a la vida!  
Hay flores en el suelo...  
cortadlas... y mirad para vosotras  
una estrella de amor, fija en el cielo.

### CANCION

(H. HEINE)

¡Que hay en mis versos veneno!...  
eso dices... ¿Cómo no  
sí de veneno llenaste  
mi vida y mi corazón?

¡Que hay en mis versos veneno!...  
y ¿cómo no haberlo; di,  
sí en mi alma llevo serpientes  
y además te llevo a ti?

### UN ASTRO

(VÍCTOR HUGO)

Una tierra infeliz, áspera y dura  
donde trabajan tristes los vivientes,  
empapadas las almas de amargura  
y de sudor las abatidas frentes;  
campos de sol y estériles arenas  
que en cambio de trabajo y de quebranto  
a una raza maldita dan apenas  
pan miserable que humedece el llanto;  
los hijos del oprobio engrandeciendo;  
orgullosas ciudades delincuentes,  
de donde las virtudes van huyendo  
y las manos torciéndose dolientes;  
el orgullo infernal hallando abrrigo  
lo mismo del magnate bajo el techo  
que dentro del tugurio del mendigo;  
el odio y el dolor en cada pecho:  
sobre las cumbres las espesas nieblas;  
la inocencia y justicia prostituidas;  
la muerte, espectro ciego, en las tinieblas  
riendo feroz y arrebatando vidas;  
aquí las soledades abrasantes,  
allá, del polo, los eternos hielos,  
oceanos que rebraman espumantes  
escupiendo su cólera a los cielos;  
y todas las pasiones engendrando  
todos los males, todos los dolores;  
las grutas a las fieras abrigando,  
ocultando a los áspides las flores;  
continentes cubiertos de humo y ruido  
donde la guerra infame centellea;  
luto, crimen y llantos y rugido  
salvaje del furor de la pelea;

pueblos que se desgarran palpitantes  
del odio de Satán, de rabia y celo,  
sangrientos, rencorosos, blasfemantes...  
¿Y todo esto es un astro allá en el cielo?

## FELICIDAD

(LAMARTINE)

Como es blanca la página ofrecida  
a mis versos aquí por tu amistad,  
blanco es también el libro de tu vida;  
si lo pudiera yo, niña querida,  
escribiría en él: *Felicidad*.

VARIANTE

Blanca es la hoja  
por ti ofrecida  
aquí a los versos  
de la amistad;  
blanco está el libro  
aun de tu vida...  
Si yo pudiese,  
virgen querida,  
en él pusiera:  
*Felicidad*.

## EN LA PATRIA

(M. HARTMAN)

La dulce claridad de la mañana  
apareciendo ya,  
en la tierra cubierta de rocío  
veía reflejar.  
Estaba yo sentado de una casa  
en el modesto umbral,

era aquella la casa de mi madre,  
aquél era mi hogar.  
Las ventanas cerradas y las puertas  
me puse a contemplar,  
y corrían por mi rostro muchas lágrimas,  
y corrían más y más.  
Estaba yo a la puerta de mi casa,  
y no quería llamar;  
no quería interrumpir el blando sueño,  
el sueño matinal,  
de aquellos ojos, cielo de los míos,  
que tantas veces ¡ay!  
que tantas veces sólo por mi causa  
lloraron sin cesar.  
Dicen que el sueño tregua da a las penas  
que afligen al mortal,  
fuerza da al corazón para que pueda  
más penas soportar;  
que el dulce sueño que mi santa madre  
aun disfrutando está,  
fuerza la dé esta vez para la dicha  
de verme al despertar.

\*

Y lleno el corazón de una ternura  
que no puedo explicar,  
con los ojos mojados, y temblando  
besaba aquel umbral.  
Porque en aquel umbral en que mi labio  
posaba con afán,  
el polvo de las plantas de mi madre  
aun estaba quizás.  
En este mismo umbral los afligidos  
detienen a buscar  
para sus corazones, esperanza,  
para sus labios, pan.  
¡Cuántas veces he visto de mi madre  
la ardiente caridad,  
la dádiva celeste del consuelo  
a su óbolo agregar!

¡Oh! si me ha sido grato, de la vida  
 en la lucha mortal,  
 sufrir por los que sufren, y mi llanto,  
 a los que lloran dar;  
 si he podido llegar al sacrificio,  
 al martirio quizá  
 por los que sufren, temblorosos miembros  
 del Cristo celestial:  
 yo sé a quien debo por haberlo hecho  
 mi gratitud alzar;  
 yo sé a quien debo que jamás en mi alma  
 se entibie la piedad.  
 Si las chispas de amor que hay en mi pecho  
 no han de morir jamás,  
 yo sé de qué alma vienen a la mía,  
 y yo sé de qué hogar.

\*

Yo canto a la mujer santa y sencilla  
 que ignora en su bondad  
 ¡cuánto en su corazón hay de sublime!  
 ¡cuánto de celestial!  
 Yo canto a la mujer que se llenara  
 de asombro sin igual,  
 si llegara a saber que sus virtudes  
 quiero glorificar.  
 Canto a mi mismo corazón, mi madre,  
 el ángel del hogar;  
 y tiembla mi alma de ternura, y siento,  
 mis lágrimas rodar.

## SOÑABA

(HEINE)

Soñaba yo: mis párpados henchidos  
 de lágrimas sentía;  
 soñé que estabas en la tumba, muerta,  
 y muerta te veía...

Era un sueño no más, pero despierto  
 lloraba todavía.

Estaba yo soñando, y por la cara,  
 el llanto me corría;  
 soñé que te arrancaba de mi lado  
 alguno, vida mía...

Era un sueño no más, pero despierto  
 lloraba todavía.

Soñaba yo... Me ahogaban los sollozos,  
 el llanto me bebía...  
 Estaba yo soñando que me amabas,  
 ¡soñando que eras mía!  
 Era un sueño no más, no más que un sueño,  
 y lloro, más que nunca, todavía.

## MALICIA

(IMITACIÓN DE VITORELLI)

Supe que al primer destello  
 que lanza al mundo la aurora,  
 te levantaste, señora,  
 inquieta de... no sé qué...

Supe que a la hora terrible  
 en que el alto sol abrasa,  
 te saliste de tu casa  
 buscando yo no sé qué.

Supe que en tu faz hermosa  
 echando un discreto velo,  
 te fuiste a mirar el cielo  
 allí... donde no se ve.

Supe...

—Mas ¿quieres decirme  
 quién te informó de este modo?...  
 Malicia, que sabe todo,  
 malicia, que todo ve.

## LAS FURIAS

(LESSING)

«Mis furias están ya viejas y torpes,»  
Plutón dijo a Mercurio, mensajero  
que se halla de los dioses al servicio.  
«—Necesito cambiarlas: ve a la tierra  
y búscame tres mozas  
lozanas y capaces del oficio.»

Desde luego, Mercurio, diligente,  
el coturno con alas  
como pudo calzóse prontamente,  
y atravesando las etéreas salas,  
ligero y volador como ninguno  
a la tierra subió.

La diosa Juno,  
poco tiempo después a su doncella,  
esto es, su camarista, Isis la bella,  
también le dijo: «Mira: Citerea,  
con mengua del honor de las mujeres,  
se jacta de que ya no hay en el mundo  
ninguna de ellas que su fiel no sea  
y que culto no rinda a los placeres.

Para burlarme de ella y del dios ciego  
baja á la tierra luego  
y traéme, por lo menos, tres doncellas;  
mas... doncellas... ¿entiendes?  
enteramente castas todas ellas.»

Isis partió también. Valle y montaña,  
alcázar y cabaña,  
ciudad, pueblo, aldehuera y aun ermita,  
todo lo registró la pobrecita;  
mas ¡ay! que todo en vano;  
y paso a paso y mano sobre mano,  
cansada y triste, regresó solita.

«—¡Cómo! ¿es posible?... ¿sola?—gritó Juno  
mirándola llegar con faz airada.  
¡Oh, virtud! ¡oh, pureza!... ¿Conque nada?»

Isis le dijo: «Nada, ¡qué oportuno  
hubiera sido el viaje más temprano!  
Estuviera cumplido  
¡oh, diosa! tu mandato soberano;  
hubiérate traído  
lo que tú me pediste... tres doncellas.

Las encontré en verdad; y eran de aquellas  
que nunca conocieron un amante,  
que jamás le pusieron,  
jamás, á hombre ninguno buen semblante;  
ni en sus glaciales senos  
consintieron la llama devorante  
de amorosa pasión... ni mucho menos.  
Tres doncellas, en fin (sin que esto alarde  
sea de mi ojo certero),  
purísimas, castísimas, sin pero,  
como tú las querías... Mas llegué tarde.»

«—¿Cómo tarde?»

—Mercurio en ese instante  
para el fiero Plutón las embargaba.  
«—¡Eso no puede ser!... ¡Cuando pensaba  
vengar yo de su sexo las injurias!...  
y ¿para qué las quiere?»

—Para Furias.

## JAMAS

(CAMPOAMOR)

¡Adiós, mi bien! Es el postrer instante...  
pero seca en tu pálido semblante  
¡ay! ese llanto que vertiendo estás,  
lejos me voy, tristísimo y errante,

mas no te olvida el corazón jamás.

—¿Jamás?

¡Jamás, mi bien! La noche de la ausencia  
enlutará mi huérfana existencia  
y tú mi corazón no alumbrarás;  
en vez de tu dulcísima presencia  
tu bella imagen miraré no más.

—¿No más?

¡No más, mi bien! Levanta tu cabeza,  
déjame ver tu pálida belleza  
aun otra vez... la postrimer quizás.  
De este tu adiós supremo la tristeza  
¡ay! ¿cómo, ingrato, olvidaré jamás?

—¿Jamás?

¡Jamás, mi bien! En mi alma, dondequiera,  
hasta el instante de mi luz postrera,  
la inolvidable, la única serás...  
Y tú ¿me llorarás cuando me muera?  
¿En mí tan sólo pensarás no más?

—¿No más?

¡No más, mi bien! De querubín el canto  
es la palabra que diciendo estás...  
¡Adiós!... ¡un beso!... ¡Beberé tu llanto!  
—¿Te olvidarás de la que te ama tanto?...  
—¡Jamás, mitad corazón, jamás!

### LA ORACION

(FLAUBERT)

Por la mañana en el desierto inmenso  
humeaba el arenal, y sus vapores  
se alzaban cual las nubes del incienso.  
Luego, en la tarde, cuando el sol moría  
de ocaso entre los tibios esplendores,  
de oro y de fuego deslumbrantes flores

en el madero de la cruz ponía.  
Y por la noche, cuando ya la oscura  
majestad de la sombra acrecentaba  
el solemne pavor de la llanura  
y de estrellas el cielo se llenaba;  
cuando tan sólo se escuchaba incierto  
ese rumor apenas percibido  
que parece el suspiro del desierto  
en su infinita soledad dormido;  
entonces a mi espíritu perdido  
en su éxtasis de fe, le parecía  
que ese vago rumor, que la honda noche,  
y el silencio, los seres, y las cosas...  
Naturaleza toda que yacía  
de tal recogimiento,  
mientras oraba sobre el polvo frío  
de mi lóbrega gruta, se juntaban,  
se juntaban a mí para llevarte  
mi alma y mi fe con mi oración, ¡Dios mío!...  
¿Y ahora?... Rezos, plegarias, asunciones  
del alma a Dios, extáticas visiones  
que llenaban de júbilo mi pecho,  
transportes del espíritu en el santo  
fervor de la oración... ¿qué os habéis hecho?...

### LA ESFINGE

(HEINE)

Por el antiguo bosque del encanto,  
del vago sueño y misterioso asilo,  
caminaba al azar y sin espanto.

Su blando aroma derramaba el tilo  
y de inefable paz mi alma llenaba  
de la alta luna el esplendor tranquilo.

Profundo era el silencio que reinaba;  
pero de pronto acarició mi oído  
la música de una ave que cantaba.



Era el canoro ruiseñor, hundido  
en la blanda espesura de las hojas  
que cantaba, volando, junto al nido,

los goces del amor y sus congojas.  
Pero aquel su volar era tan triste,  
como el suspiro, corazón, que arrojas

recordando la dicha que perdiste;  
mientras que tan alegre era el lamento  
cual tu esperanza cuando niño fuiste.

Así es que al escuchar aquel acento  
tan triste y tan alegre a un tiempo mismo,  
levantarse sentí en mi pensamiento,

como del vago fondo de un abismo,  
esperanzas, recuerdos y tristezas  
como viejos ensueños de idealismo.

Siguiendo entre las bravas asperezas  
de aquella hermosa selva, vi que erguía  
un castillo, sobre áridas malezas

su vieja torre en ruinas, y sombría.  
En las almenas de zarzal cubiertas  
ningún viviente ser aparecía.

Las ventanas cerradas y las puertas  
estaban, y silencio pavoroso  
reinaba en torno de las cosas muertas,

como si aquel recinto misterioso  
la misma muerte hubiérase escogido  
para el horrible hogar de su reposo.

Ni una voz, ni un acento, ni un gemido:  
era aquello la ausencia de la vida  
en el silencio eterno del olvido.

Del castillo a la puerta derruida  
y en granito durísimo tallada  
la misteriosa esfinge vi tendida.

Era su aspecto horrible a la mirada,  
pero atractiva a la ánima medrosa.  
Con cuerpo estaba de león formada

y rostro y seno de mujer hermosa,  
de mujer hermosísima. Brillaba  
su pupila salvaje y voluptuosa

con sensual embriaguez y desmayaba,  
mientras el beso del placer ardiente  
en su labio de piedra palpitaba.

Sintió terror el ánima tremente,  
pero al par que terror sintió contento.  
Entonce el ruiseñor cantó impaciente

y ya no pude resistir... Violento  
a la Esfinge di un beso, y mi alma loca  
presa quegó de aquel encantamiento.

Porque vida y acción cobró la roca,  
la Esfinge suspiró con embeleso,  
y con sed ardentísima en mi boca,

¡bebió toda la llama de mi beso!...  
y yo sentí que mi postrer instante  
se me escapaba entre sus brazos preso.

Pues mientras que convulsa, jadeante  
de voluptuosidad me acariciaba.  
mi carne estremecida y palpitante

con sus garras de fiera destrozaba,  
y entre horribles dolores y delicias  
sin nombre y sin igual, me aniquilaba.

¡ Oh de la muerte vividas primicias!  
 ¡ Oh martirio sin fin, oh goce eterno!  
 ¡ Oh lágrimas mezcladas con caricias!

En tanto que la garra me rompía  
 la carne, y penetraba hasta mis huesos,  
 yo de placer y de dolor moría

al contacto monstruoso de sus besos...  
 y cantó el ruiseñor allá en la oscura  
 soledad de los árboles espesos:

«— ¡ Oh secreto del cielo y de natura!  
 ¡ Oh amor, oh bella esfinge! ¿por qué enlazas  
 en tu seno el placer a la tortura?»

¿Por qué con garra el corazón abrazas?  
 ¡ Oh inexplicable Amor, Esfinge hermosa!  
 ¿por qué cuando acaricias despedazas?

¿Cuál es, di, la palabra misteriosa  
 que el hondo enigma de tu ser esconde?»  
 Cesó el canto, la Esfinge pavorosa  
 en piedra convertida, no responde.

## COMPOSICIONES VARIAS

### AL PIE DE LA CRUZ

*A mi madre, la señora doña Dionisia M. de Flores*

Abrasa el soy la flor en la llanura  
 y la palma gentil en el desierto;  
 y tibia el agua del Jordán oscura  
 rueda a la soledad del Lago Muerto.

No un rumor en los quietos olivares,  
 ni un reptil que se arastre por la senda;  
 y busca el agareno en sus aduares  
 la tibia sombra de la móvil tienda.

No perfuman la brisa los aromas  
 que exhala el cinamomo y el aloe;  
 mudas están y tristes las palomas  
 allá en los terebintos de Siloe.

A lo lejos, perdida en el incierto  
 vapor del arenal que vibra y crece,  
 cual inmóvil fantasma del desierto,  
 la ciudad del Profeta resplandece.